



LA EXPERIENCIA DEL MAL Y LA EDUCACIÓN



FORMACIÓN

HUMANA

1. INTRODUCCIÓN

El matrimonio responsable de preparar el tema hace una breve introducción al mismo.

2. ORACIÓN

Comenzamos invocando al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V./ Envía tu Espíritu y todo será creado.

R./ Y repuebla la faz de la tierra.

Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo; haznos dóciles a sus inspiraciones, para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Lectura del Evangelio del día.

3. IDEARIO

Leer un párrafo, elegido por el matrimonio encargado de preparar el tema. O bien comenzar desde el principio del Ideario.

“No se ama lo que no se conoce”

4. LA EXPERIENCIA DEL MAL Y LA EDUCACIÓN

La experiencia del mal es uno de los retos más serios y una de las interpelaciones más profundas para el raciocinio humano y para las convicciones religiosas. El “problema” del mal ha sido y es una constante en el pasaje del desarrollo humano. Un problema de altísima complejidad y, a su vez, dramático cuando llega a la vida concreta personal o comunitaria. Nuestros mecanismos de reacción, a pesar del inmenso dolor o sufrimiento que puede suponer el mal, no siempre ponderan igual las situaciones derivadas de un cataclismo natural, de un proceso biológico o de una acción humana. Es esta última situación la que nos recuerda una y mil veces nuestra enorme vulnerabilidad —física, emocional, afectiva, sexual, etc.—, y hace que nos preguntemos sobre la raíz de determinados comportamientos y si esto puede tener alguna solución más allá del control y de la no reiteración. El mal es una especie de monstruo de muchas cabezas: la guerra, la pobreza, la exclusión, la opresión, la explotación, la esclavitud, la destrucción, la crueldad, la discriminación, etc. Y

también la pederastia, la violencia doméstica, la explotación de menores, la agresión contra los padres, la desunión, la mentira, el insulto, la humillación, el egoísmo extremo, el acoso escolar, etc. En definitiva, el mal está presente en el mundo y no es ajeno a los niños, a los jóvenes, a la mujer, a las familias, a las escuelas, a los barrios o a las propias comunidades. En resumen, el mal se expresa mediante las diversas miserias que perturban nuestro paso por el mundo. ¿Cómo podemos encarar el mal desde los principales agentes educativos como la familia, la escuela o el ocio?

¿Realidad inexplicable o complejidad sin límites?

El mal moral es indisoluble del drama de la libertad, la bondad hay que exigirla voluntariamente (R. Safranski). La ambivalencia moral es inherente a la condición humana. Como escribió Viktor Frankl:

«Nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer al hombre mejor que otra generación. ¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado la cámara de gas, pero también es el ser que ha entrado allí con paso firme, susurrando una oración». A menudo el mal golpea nuestra conciencia, es una vivencia o una experiencia penosa. Demasiadas veces el mal se enquina en nuestra alma: «Quizás el auténtico drama no habita en el corazón de las tinieblas, sino en las tinieblas de nuestro corazón» (Albert Sánchez Piñol). Tal como afirma Adela Cortina, aquella persona que no se indigna ni padece ante el dolor de otro no puede tener sentido de la justicia. Quienes tengan un corazón de piedra serán incapaces de luchar contra el mal. Sin embargo, la abominación de ciertas actuaciones atenta contra la razón; su carácter punzante hace que se tambalee el sentido de todo esto. Son muy pertinentes las palabras de Max Horkheimer: «La religión es la esperanza de que la injusticia que caracteriza el mundo no puede permanecer así, de que lo que es injusto no se puede considerar la última palabra. Es la expresión de un anhelo, de una nostalgia que el asesino no pueda triunfar sobre la víctima inocente». Somos criaturas perfectibles, un *homo viator* que quiere conseguir una meta salvífica.

Probablemente tendremos que afirmar que parte de la respuesta a la pregunta sobre el mal no pertenece a la educación. En efecto, aquellos aspectos más propios de su teorización corresponden, por ejemplo, a la antropología filosófica, la ética o la propia teología. Sin embargo, la educación al desplegarse fundamentalmente desde una categoría relacional no puede perder de vista que la realidad humana es un misterio; nos encontramos ante un ser inalcanzable y en buena parte desconocido. La vocación educativa transita con la pasión de acariciar, acompañar, compartir y disfrutar de esta realidad. Y también debe

contemplar todas sus limitaciones.

Algunas orientaciones para una respuesta educativa

Esto no significa que la educación no pueda implicarse de lleno en el problema del mal. Siempre lo ha intentado aunque muchas veces se han reproducido tres escenarios sucedáneamente educativos: la represión, es decir, el prohibir caminos y marcar comportamientos unidireccionales que velen por el orden establecido; el psicologismo —que ha introducido una información cuantitativa sobre los “focos” del mal y una formación sobre los procesos conflictivos y su resolución pero no ha tocado la raíz individual; y el tabú —no hablar directamente del tema por miedo a impactar negativamente en la salud y condición emocional de los niños y niñas—. La cultura de la hiperprotección del niño y de los menores no ha ayudado en este tema.

Concretamente, ¿qué orientaciones podemos afrontar? En este ámbito una de las aportaciones más importantes de la educación es valorar y amar la vida. Y amar la vida, la buena vida, conlleva alejarse de todo lo que la estropea o atenta contra ella. Las familias tendrían que interpelar a sus hijos sobre esta cuestión. Los maestros deben enseñar a amar la vida, a apreciar su valor sagrado. «La exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas en la educación» (Adorno). El horizonte de toda la praxis educativa es nuestra edificación interior. La auténtica formación es una praxis moral que nos hace crecer humanamente. La virtud es un hábito que se adquiere a través de la acción.

En segundo lugar, hay que favorecer la mirada, el testimonio y la descripción de la bondad. En el mundo, en la ciudad, en la calle existe el bien porque personas concretas lo practican diariamente. Tampoco hablan muchas veces del bien y de su crecimiento actuando con bondad. En efecto, comportándonos de manera justa aprendemos a ser justos. Nadie nace solidario, compasivo, esperanzado, valiente, paciente, responsable o humilde. Son actitudes y comportamientos que tenemos que infundir mediante la experiencia vivida y la ejemplaridad, gracias a una educación lenta y difícil.

Otro aspecto que podemos considerar es el cuidado y el trabajo preventivo ante el mal. Curiosamente en muchos ambientes la cultura de la prevención está mucho más arraigada y desarrollada que en la educación. Prevención significa explicar, conocer, dialogar, simular —si es preciso— sobre los antecedentes y las consecuencias. A su vez, desarrollar un ambiente potente de formación de la voluntad para ser capaces de renunciar a determinadas ofertas o propuestas y convertirlas en opciones de libertad.

Desde la educación también debemos presentar datos para conocer el alcance de los fenómenos. Pero con

datos críticos envueltos de elementos interpretativos. Demos recordar tantas veces como sea necesario que los efectos tienen causas y que estas a menudo pasan por determinaciones y/o acciones de personas concretas. Sin olvidar que algunas personas viven y actúan bajo unos condicionamientos que les hacen estar exentas de las mismas responsabilidades.

Nos conviene hablar, expresar y dialogar sobre nuestros sentimientos más personales e íntimos ante el mal. Si hay algo que no nos ayuda es el hecho de acumular negatividades en nuestro mundo interior. Comunicar nuestros sentimientos y pensamientos más profundos no resolverá el mal, pero facilitará un entorno de gestión, conciencia, crecimiento y resiliencia ante este hecho.

Debemos atrevernos a preguntar de qué mal somos responsables individualmente. Debemos preguntarnos abiertamente: ¿he provocado algún mal en el contexto del hogar, de clase, en el tiempo libre? En las actuaciones del día a día el problema no son los “pequeños males” sino la falta de conciencia de “ser causa de” y la falta de responsabilidad.

Finalmente, hay que seguir apostando por la educación en valores y, sobretudo, educar en las virtudes y las actitudes. Sin los valores morales la vida personal y social sería caótica y degradante. La formación moral es clave para inmunizarnos del egoísmo. Nunca seremos felices si no aprendemos a amar al prójimo.

Bibliografía

A. CORTINA, Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI. Ediciones Nobel. 2007. Oviedo.

F.M. DOSTOIEVSKI, Los hermanos Karamazov, Cátedra. 2005. Madrid.

L. DUCH, La educación y la crisis de la modernidad. Paidós. 1997. Barcelona.

J.A. MARINA, La lucha por la dignidad: teoría de la felicidad política.

Anagrama. 2001. Barcelona.

R. SAFRANSKI, El mal o el drama de la libertad. Tusquets. 2005. Barcelona

Delegación Diocesana de Pastoral Familiar. – Diputación 231 – 08007 Barcelona. E-mail: problematicaviva@pastoralfamiliarbcn.cat Web: www.pastoralfamiliarbcn.cat Depósito Legal: B-46.502- 2005

5. PUESTA EN COMÚN Y DIÁLOGO

1.- ¿Hablamos sobre el mal? ¿Es algo habitual o puntual? ¿Cómo lo hacemos? ¿Me pregunto alguna vez si mi conducta provoca algún tipo de mal?

2.- ¿Qué referentes personales pueden ayudarnos a revitalizar moralmente la vida de nuestros niños y jóvenes?

3.- ¿Qué orientaciones (del texto u otras reflexiones) deberíamos desplegar más en nuestro ambiente?

Notas:

7. FECHA PROXÍMA REUNIÓN Y LUGAR DE CELEBRACIÓN

Notas:

6. FINALIZAMOS LA REUNIÓN

1. Oración a M^a Auxiliadora

Ave María.

María Auxiliadora de los Cristianos. Ruega por nosotros.